

2

En la muerte, el hombre experimenta a Dios como fin último de su existencia

2.1. El primer encuentro con Dios es un encuentro de amor "a pesar de todo"

En el primer e ilimitado encuentro con Dios en la muerte sucede lo siguiente: el ser humano, con sus centenares de posibilidades desperdiciadas durante la vida, con sus actos siempre limitados por su egoísmo, con sus culpas y sus pecados, en pocas palabras, con las ruinas de su plan de vida, malogrado en tantos puntos cruciales, justamente este hombre se encuentra delante de Dios. Y reconoce lo que en realidad Dios pretendía con él y con su vida y ve cuán poco realizó como ser humano. Sin embargo, no hay más posibilidades de alterar o mejorar cosa alguna.

En una situación de estas, queda solamente una cosa: entregarse sin reservas a este Dios, admitiendo que solamente El tiene la última palabra. El puede repudiar o no, condenar o no, como le parezca.

El encuentro con Dios se revela entonces como aquel momento en el cual el ser humano descubre, de modo radical, su dependencia inevitable de Dios.

Más aún, *el ser humano está entregado a Dios*. El está totalmente entregado a Dios en el sentido integral y existencial, "de vida y muerte", a cualquier precio.

Si buscamos en la experiencia humana una situación en que podamos encontrar por lo menos indicios de un abandono semejante,

que absorba toda la existencia del hombre, entonces encontraremos solamente una: ¡El amor!

¡El primer encuentro con Dios es un encuentro de amor!

En el amor, una persona se entrega a la otra integralmente, confiando en que la otra la acepte a pesar de sus defectos, a pesar de sus fallas, confiando siempre que todo esto no tiene importancia ante aquella palabra que dos amantes, balbuciendo, se susurran el uno al otro, en el éxtasis de un abrazo: “Yo te amo”.

¿Sería mucha osadía ver el encuentro del ser humano con Dios a través del lenguaje del éxtasis de los amantes? ¿Sería mucha osadía tomar en serio las palabras del Dios que usa las palabras de novio apasionado cuando habla de sus relaciones con el ser humano?⁶ ¿Sería mucha osadía tomar por serias las palabras de Dios y confiar en que su amor venga a ser también más grande que la desvalorización causada por cualquier falla humana?

Son palabras de Dios:

“No temas, porque no volverás a quedar avergonzada; no te sientas humillada, porque no quedarás confundida.
En efecto, has de olvidar la condición vergonzosa de tu mocedad, no volverás a recordar el oprobio de tu viudez, porque tu esposo será tu Creador,
Yavé de los ejércitos es su nombre.
El Santo de Israel es tu redentor.
El se llama el Dios de toda la tierra,
como la esposa abandonada y despreciada,
Yavé te llamó;
¿Cómo podría ser repudiada
la mujer de tu mocedad?
dice tu Dios” (Is 54, 4-6).
“Podremos discutir, dice Yavé:

6. Cf. Jr 2, 2: “Así dice Yavé: Yo recuerdo en tu favor el amor de tu juventud, el cariño de tu tiempo de noviazgo, cuando me seguías por el desierto”. Is 62, 5: “Como la alegría que siente el novio para con su novia, así será la alegría que tu Dios sentirá contigo”. Is 54, 6: “Como a una esposa abandonada y entristecida Yavé te llamó; ¿cómo podría ser repudiada la mujer de tu mocedad? dice tu Dios”.

Aunque vuestros pecados
sean como escarlata,
se volverán blancos como la nieve;
aunque sean rojos como el carmesí,
se volverán como lana” (Is 1, 18).

Aquello que es anunciado en el discurso de los profetas, prosigue en la predicación y en la actuación de Jesús: El nunca condenó a los que se volvieron hacia El, sino que siempre los amó. Podemos leer también en Jn 8, 15: “Vosotros juzgáis según la carne, pero yo no juzgo a nadie”.

En este contexto, sin embargo, dice la Biblia de Jerusalén que la palabra “juzgo” significa “condeno”.

El significado de aquello que dice Jesús es, por tanto, expresamente este: “*Yo no condeno a nadie*”.

Si hasta el amante humano olvida incondicionalmente y sin largas discusiones, las fallas del ser amado, ¿por qué Dios no va estar en condiciones de hacer lo mismo si también El ama?.

“Dios apasionado” es la afirmación básica de toda la historia de la revelación. El está apasionado por su pueblo, y lo que dice por el profeta vale también para cualquiera de los seres humanos:

“Nada temas, porque yo te rescaté,
yo te llamé por tu nombre; tú eres mío.
Si tuvieres que atravesar las aguas, estaré contigo,
y los ríos no te sumergirán;
si caminas por el fuego, no te quemarás,
y las llamas no te consumirán.
PORQUE YO, EL SEÑOR, SOY TU DIOS,
el Santo de Israel es tu Salvador.
Doy el Egipto por rescate tuyo,
a Etiopía y Sabá como compensación.
Puesto que eres precioso a mis ojos,
puesto que te estimo y te amo,
entrego reinos por ti,
entrego naciones a cambio de tu vida” (Jr 43, 1-4).
“De lejos se me dejó ver el Señor:

7. Ver también: Cantar de los cantares e Is 54, 7-8.

Te amé con amor eterno.
Por eso eres para mí tan deseada” (Jr 31, 3).

En su forma suprema, el amor no pregunta si el otro también ama. El verdadero amor envuelve al otro, aunque éste no corresponda. El verdadero amor busca caminos para despertar el amor en el amado, y en esto es creativo. ¿Con qué derecho limitamos las posibilidades del amor ingenioso de Dios? ¿Por qué este Dios que ama debe hacerse prisionero de principios que, en el fondo, no pasan de ser conceptos humanos? ¿Pues qué significa “justicia” o “perfección absoluta ante la cual no debe haber siquiera sombra de imperfección” para aquel que ama, y también para el Dios que ama?

Nuestras propias experiencias cotidianas nos muestran que el amante no permite que nada, absolutamente nada, le impida buscar a la persona amada y amarla. ¿Hasta qué punto el Dios que ama sujetará su justicia a principios formulados por los seres humanos?

Con base en esta seguridad de amor es como el apóstol Pablo puede exclamar su grito de alegría y de confianza:

“¿Quién nos separará del amor de Cristo?”
(Rm 8, 35).

Después continúa:

“Porque estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes ni la altura, ni la profundidad ni otra criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Jesucristo nuestro Señor” (Rm 8, 38).

Herbert Vorgrimler formula la misma convicción de la manera más fría, propia del teólogo:

“El objetivo de Dios no puede ser ni la venganza ni el establecimiento de compensación justa, pues Dios se ha manifestado como aquel que, como su amor, puede cambiar a todo culpable de tal modo que sea entonces apropiado para la justicia divina, y también como aquel que usa de la clemencia en profusión y conforme a la parábola de los trabajadores de la viña (Mt 20, 1-16), en vez de compensar justamente, regala con exceso y no conforme a justicia”⁸

También la poesía siempre sabe que el verdadero amor es ilimitado.

8. Vorgrimler, Herbert, *Wir werden auferstehen*, p. 97.

Quizás la teología debería inspirarse más en las poesías de la historia universal que hablan de los “grandes” amantes al hacer referencia al amor de Dios, en vez de buscar inspiración en los conceptos racionales de sus eruditos.

Cuando Dios ama,
ama de manera absoluta y total.

2.2. *En la muerte, el hombre debe volverse pobre delante de Dios*

El ser humano que en la muerte se ve delante de semejante amor, tiene solamente una cosa por hacer: *aceptar este amor como regalo*. Esto puede parecer muy fácil, pero, en casos concretos, esta es quizás la única dificultad enfrentada con ocasión del encuentro con Dios.

Todo el pensamiento y toda la ambición del ser humano moderno están vueltos hacia la autonomía, hacia una autosuficiencia. No necesitamos aceptar nada de nadie, pues nosotros mismos ya poseemos todo. Y si no tenemos todo, entonces adquirimos lo que nos falta. Nuestra mentalidad es la del “homo faber”, es decir, desarrollamos un tipo de hombre que basa su confianza en los recursos omnipotentes de su tecnología. Esta le da un sentimiento de poder y de autosuficiencia total. Pero amar es lo contrario de la autosuficiencia. Amar significa permitir que el otro nos obsequie. Y así también el amor a Dios implica permitir que Dios me obsequie; significa: *dejar que Dios esté ahí para mí*.

Sin embargo, esta es una experiencia que se opone al estilo de vida del “homo faber”. El ideal de éste, determinado por la sociedad de consumo, divulga exactamente lo contrario. El objetivo del “homo faber” es la riqueza, porque riqueza significa independencia.

Amar, empero, implica dependencia de otro en sentido profundo y existencial.

Y, en este sentido, el amor nos aproxima al mismo tiempo a un aspecto de lo que marca la vida del pobre. Pues ser dependiente es

su experiencia cotidiana: no solamente aquel que ama, sino también el pobre, está marcado por una dependencia profunda y muchas veces existencial. El experimenta su propia impotencia frente a situaciones impuestas desde fuera. Ser impotente ante tales situaciones y ante otras personas es el horizonte de vida, el día a día del pobre. Y ser impotente y depender de otro es precisamente lo que también el ser humano experimenta vivencialmente en su propia muerte. En su muerte, todo hombre se encuentra en situación análoga a la situación del pobre. El depende de otro. Este otro es Dios.

Amar a Dios quiere decir reconocer la total dependencia de El a la manera del pobre.

De ahí surge un punto de vista totalmente nuevo en cuanto al primer encuentro con Dios en la muerte. Este punto de vista deja aparecer bajo una nueva luz la “opción preferencial de Dios por los pobres”. Se trata de una opción que cada vez se hace más clara en el transcurso de la historia de la revelación y que culmina en la persona de Jesucristo.

Pero El se presenta como el mensajero de buenas noticias para los pobres (Cf. Lc 6, 20-23). El pobre es el preferido del Reino de Dios, no solamente porque Dios lo ama de modo especial, sino también porque, debido a su situación singular de vida, él es más disponible y abierto para con Dios. El ya experimenta en la vida diaria su dependencia. Para él es normal dejar a Dios estar ahí, depender totalmente de Dios.

El “homo faber”, en compensación, tiene entera confianza en su propio poder; él se encuentra seguro detrás de sus protecciones, de su riqueza y de su poder adquirido. El es rico y tiene la actitud del rico. Ningún rico, sin embargo, entrará en el Reino de Dios. “Es más fácil que un camello pase por el hueco de una aguja, que un rico entre en el Reino de Dios” (Mc 10, 25).

Francisco G. Dezen y Rafaela P. Duarte formulan este problema con palabras muy radicales: “Sólo entre los pobres se pueden encontrar personas en condiciones existenciales para decir: ‘Mi seguridad es Dios, sin compromiso consciente o inconsciente con la mentira; tal afirmación no puede estar en la boca del rico. ¿Cómo podría ser Dios su seguridad en medio del cerco de garantías cons-

tituidas por gruesas reservas bancarias, bienes muebles e inmuebles?”.

La experiencia básica hecha por el hombre con ocasión de su primer encuentro con Dios, es exactamente esta: *dependen totalmente de otro*. Pero esta experiencia es vivida por el pobre en escala menor durante toda su vida.

En la muerte, todo ser humano se encontrará en esta misma situación: en la situación del pobre. No puede hacer nada más; no tiene ya ninguna capacidad de cambiar cosa alguna, ya no existen ni reserva bancaria ni influencia política o financiera.

En la muerte, el hombre no puede hacer ya nada más.

En la muerte, el hombre depende totalmente de otro.

En la muerte el hombre es reducido
a la situación del pobre.

El único que ahora puede actuar es Dios. El ha de hacerlo todo.

En la muerte el hombre depende totalmente de Dios.

Así, hasta las bienaventuranzas en Lc 6, 20ss., tendrán un significado específico y muy concreto también para esta situación. “Bienaventurados vosotros, los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios”. En la muerte todo ser humano debe asumir en su actitud existencial más profunda el ser pobre.

En la muerte el ser humano solamente puede hacer una cosa:

Dejar que Dios esté allí para él. Confiar que el “estar ahí”
de Dios sea un estar ahí que ama.

Aceptar el hecho de que Dios actúa.

9. Dezen, Francisco G.-Duarte, Rafaela P., *As pedras clamarão*, p. 75.

El encuentro con Dios: encuentro de amor "a pesar de todo".

En la muerte sólo queda al ser humano una cosa que hacer:

ENTREGARSE INCONDICIONALMENTE A DIOS

En la experiencia humana, una situación en que el individuo está totalmente entregado a otro, es EL AMOR

a) En la muerte, este otro es DIOS. Este Dios dice: "YO NO CONDENO A NINGUNO" (Jn 8, 15)

b) ENTREGARSE A OTRO SIGNIFICA

HACERSE POBRE DELANTE DE EL

Pobre: —estar en dependencia de otro
—dejar actuar al otro.

En la muerte: **DEJAR A DIOS ESTAR AHI PARA MI.**

Dios tiene que hacerlo todo,
el hombre ya no puede hacer nada

La base para una nueva
existencia escatológica
está completamente en DIOS

He ahí la dificultad existencial del
hombre poderoso:
en la muerte:

(El debe aceptar que pierde todos los poderes)
(Debe aceptar hacerse pobre).

**EN LA MUERTE EL HOMBRE YA NO PUEDE DECIDIR NADA
LO UNICO QUE PUEDE ES: CONFIAR EN DIOS,
DEJARSE SALVAR POR DIOS**

2.3. *Entregarse a Dios, aceptando su amor*

Dejar a Dios estar ahí para mí significa estar abierto, tener disponibilidad. Esta es la idea clave con la cual Gabriel Marcel intenta describir lo que viene a ser el amor. Amar quiere decir estar disponible para el otro. Amar significa ser-con-el-otro. Este otro para quien yo debo abrirme en la muerte es Dios.

La disponibilidad del ser humano debería ser la de aceptar el amor de Dios ante todo y en primer lugar.

Aceptarlo como obsequio dado gratuitamente para mí. Aceptar este obsequio sería, pues, el paso que se da para estar en comunión con Dios. Estar en comunión con Dios, significa amar y ser amado, es decir, ser regalado con el éxtasis de aquello que es llamado amor divino.

Si yo quiero amar, entonces tengo que entregarme a aquel que me ama. Debo entonces entregarme “a un gran movimiento que se vacía a sí mismo (...) y, cuando esté consumado, este ya no será ‘nuestro’ propio amor, sino que vendrá de los otros; será puro obsequio”¹⁰.

Este entregarse a Dios, sostenido solamente por la confianza de que El no me abandonará, es, pues, la decisión que ha de tomar el ser humano con ocasión de su primer encuentro con Dios.

Con esta decisión él se encontrará delante de alguien que ya lo ama.

Y si ni siquiera convenciones impuestas por su status ni las normas dictadas por la sociedad detienen a un ser humano que ama hasta correr al encuentro del ser amado, venciendo todos los obstáculos, ¿cómo es que el Dios que ama no actuaría también así, no obstante todas las objeciones teológicas o jurídicas?

Esta es la certeza optimista que proporciona felicidad y que estremece ante el propio atrevimiento. Esta es aquella certeza que hacía de los relatos sobre la revelación una Buena Nueva, tanto en aquella época como hoy.

Es esta Buena Nueva, cuya certeza de salvación inspira absoluta confianza y que fue formulada por san Pablo en forma inequívoca:

10. Boros, Ladislaus, *Mysterium mortis*, p. 54.

“Después de esto, ¿qué nos falta decir? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?”

Aquel que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de dar con El también todas las cosas? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios?”¹¹.

ES DIOS QUIEN LOS JUSTIFICA. ¿QUIEN LOS CONDENARA? ¿Cristo Jesús, el que murió, más aún, el que resucitó, el que está a la derecha de Dios, es quien intercede por nosotros!

¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación? ¿La angustia? ¿La persecución? ¿El hambre? ¿La desnudez? ¿El peligro? ¿La espada? Como está escrito: Por tu causa somos entregados a la muerte cada día, somos considerados como ovejas destinadas al matadero (Sal 43, 23). Pero en todo esto somos más que vencedores, gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna nos podrá separar del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rm 8, 31-39).

Nota exegética

Es interesante notar sobre todo la interpretación del versículo 33: “¿Quién acusará a los elegidos de Dios?” Heinrich Schlier afirma en su interpretación de la Epístola a los romanos: “*El kathemon* del v. 31 se hace más claro en su calidad de proceso de la situación escatológica del juicio: ¿Quién acusará a los elegidos de Dios?” *Egkalein* es un término jurídico para la acusación ante un tribunal conforme a Si 46, 19; Sb 12, 12... y en el NT, Hch 19, 38; 23, 28 lo prueban.

Las *ekletoi* son las *kletoi* del v. 28. (Ver Rm 16, 13 y Col 3, 12). Es título de honra para los hijos de Israel (Cf. 1Co 16, 13; Sal 104, 6-43), ahora el nuevo Israel, el Israel de Dios (Ga 6, 16). En el v. 33b, san Pablo prosigue su indagación, en donde esclarece el “*tis egkalései*” y destaca al mismo tiempo la imposibilidad de tal explicación: “*Theos o dikaiôn*”. Dios con seguridad no hará la acusación, pues Dios es el “*O dikaiôn*” —el que justifica. Es decir, en la

11. Cf. La nota exegética al final de la citación, en esta misma página.

situación supuestamente forense, “el que hace justicia, proporciona justicia” (Cf. Is 50, 8: O dikaiôsas-me). De este modo hace, en la interpretación de san Pablo, a un mismo tiempo un justo, determinado anteriormente, llamado y después glorificado.

Esto es lo que se formuló en esta pregunta, hecha con concisión insuperable y que al mismo tiempo es respuesta.

El v. 34 lleva adelante la pregunta, inspirándose en Is 50, 8, siendo que ahora, en vez de “tis egkalései katá... tís o katacrinôn” y en vez de Theós: Christós. La respuesta negativa es dada ahora teniendo a la vista a Cristo y con gran minucia, teniendo a la vista su acontecimiento de salvación.

Cristo no nos condena. Como Cristo murió y resucitó, participa de la autoridad de Dios e interviene como tal en nuestro favor.

(Heinrich Schlier, *Der Roemerbrief*, p. 227).